

Protestante que se dice convertido al catolicismo, de imaginación ardiente en sus enemistades escolásticas, pero de genio adusto y reservado, se armó de su compás doctoral. Apuró su talento en demostrar que todas las pruebas aducidas no eran mas que semi-pruebas, y que aun éstas, estudiándolas bien una por una, no sería acaso imposible reducirlas á la nada. Este trabajo hizo sonreír á M. Carlos Lenormant, quien profesa las mismas ideas que el *Correspondant*; y el pensamiento indicado por el de Lovaina ha encontrado eco en la redacción de la calle de *Saints-Pere* en Paris. M. Lenormant ha dado á luz el escrito que le redactaba su práctico de la universidad belga. Ha contrahecho la idea y la ha acariciado con amor, esperando que le proporcionaría ocasión de aparecer como nuevo sobre un objeto, ya debatido por la crítica. Sin dar las gracias siquiera por el hallazgo á su profesor de Lovaina, el de Paris se ha lanzado con alma y cuerpo sobre su obra.

Como hombre experimentado que sabe hacer maniobrar sábiamente sus pasiones, M. Moeller jamas dirigió una plumada contra los Jesuitas. Estos son para él enemigos que combate en la sombra, y que trata de herir á la sordina, pero que no se atreve, y con justo motivo, á atacar de frente ni en sus doctrinas ni en sus personas. La enemistad de las universidades alemanas no es tan acalorada ni produce iguales ni tan pronto resultados como las rivalidades de los universitarios franceses. En Lovaina, sobre todo, aun no es permitido quitarse enteramente la máscara, y M. Moeller no ha faltado á la consigna; ha, dispésemos que se lo diga, disfrazado sus rencores con un arte que podría desafiar al mas refinado de los hipócritas. Todos los tiros van dirigidos á mí; pero despues de atravesarme el pecho, hieren en seguida á los Jesuitas en la cabeza y en el corazón. A los buenos padres nada les duele esa herida, é igualmente me sucede á mí. Contrarios tales como M. Moeller, son muy pocos temibles, aunque engendren los Lenormant.

Sin embargo, es preciso decirlo: éste último escritor no debe sufrir la humillación de semejante parangón. Hay en él ciencia en medio de sus convicciones, y un talento bien dispuesto que desearia de vez en cuando hacer brillar como la claridad de la luna cuando se halla en todo su esplendor. Su tono retórico, sus formas severas, ó mejor dicho, estradas, sus hábitos claustrales, y sobre todo, esa fatal manía de no adoptar por sus compañeros de armas mas que á aquellos que le miran como á un oráculo, todo esto ha hecho á M. Carlos Lenormant un hombre incompleto, es decir, un académico de las inscripciones. Sus obras se han resentido de la medianía en que han pasado su vida. No obtuvieron el mayor éxito, y con una resolución cristiana, se ha dedi-

cado desde entonces á desacreditar á impedir el buen éxito de los demas. Ha sido perseguido en su cátedra de la Sorbona, y ha querido recotrar en el *Correspondant* su magisterio desterrado. El mártir se ha transformado en pequeño verdugo literario, queriendo dar á entender que si se ocupa en este comercio odioso, lo hace en nombre de la verdad, de la justicia y las mas veces por el triunfo de la religion.

M. Moeller habia combatido en tres puntos al autor y á la obra. A fuerza de silogismos incompletos y de consecuencias sin valor lógico, se tomó el trabajo de publicar que yo era presuntuoso y apasionado; que Clemente XIV nada tuvo que echarse en cara durante su pontificado, y que cuantos documentos nuevos se habian presentado, poco ó nada significaban, puesto que nunca obtendrian la sancion de la universidad y de la *Revue de Louvain*. El incomparable doctor ha hecho mérito en su prosa, de todas las faltas de la lengua y equivocaciones ortográficas que ha podido acumular, y ha callado su boca respecto á los Jesuitas, que son el blanco verdadero de sus flechas censoriales. M. Lenormant, colocado en un terreno mas ventajoso, y no teniendo que hablar sino como autor, no ha usado de ninguna clase de miramientos. Por de pronto me arroja á los pies de la Compañía, y "sea lo que quiera lo que haya dicho ó pueda decir en adelante, M. Lenormant no titubea en colocarme en el número de los enemigos de los Jesuitas."

La acusación del profesor frances es el único arbitrio que me queda para encontrar gracia y buena acogida en la universidad belga. Si mi libro ha perjudicado á los Jesuitas, sin duda debe ser un libro precioso. Apoyado en el testimonio de Mr. Lenormant, ya puedo desafiar impunemente á la errada crítica de M. Moeller y á su aversion jesuítica mejor informada; pues siendo adversario de los padres del instituto, ¿no tengo con eso un título á su benevolencia? Mientras que en vista de esto, M. Moeller modifica las condiciones del combate, discutiremos con M. Lenormant el apotegma que sirve de base á su razonamiento. M. Lenormant parte de otro punto muy diferente del de M. Moeller. Aquel, segun dice, ama á los Jesuitas, y sea cualquiera el motivo que le haya inspirado la gratuita imputación que me dirige, no puedo ménos de agradecersele, porque esta imputación, formulada de la manera que él lo hace, me proporciona el medio de hacer una explicación que ha mucho tiempo deseo.

Cuando me propuse escribir la *Historia de la Compañía de Jesus*, no conocia ni aun de vista á ningun discípulo de S. Ignacio. Estos me habrán tomado por lo que soy, y yo me he quedado por tal cual ellos me tomaron. En nuestras largas é íntimas relaciones, jamas han impuesto el mas ligero sacrificio á mis convicciones ni á mis deberes. Me han suministrado los innumerables documen-

tos que poseian en sus archivos; he visto, he estudiado á estos religiosos á cada instante, en Roma, en Paris, en Alemania y en todas partes. En todas ellas los he encontrado llenos siempre de afectuosa franqueza, y siempre dispuestos á prestarse á la manifestacion de la verdad, aun cuando la verdad pudiera serles desfavorable. Al componer aquella obra, ni quise constituirme su abogado ni su fiscal. He tratado de ser en todo justo é imparcial. De la discusion de las doctrinas y de la depuracion de los hechos, ha salido mas de una grave leccion; y los espíritus pensadores y reflexivos han podido convencerse de la facilidad con que se arraiga el error en el mundo. Mi obra se detenia al llegar á este punto; y me guardé muy bien de dar un paso mas adelante. He tenido toda la libertad de accion al redactar los anales de la Compañía; y una vez terminada la historia, ¿quién pudo tener el derecho de exigirme el sacrificio de esta misma libertad? Los Jesuitas no han pensado en semejante cosa: ¿ha sido acaso M. Lenormant, quien, colocándome entre las filas de sus enemigos, ha podido cambiar esta situacion?

Cualquiera tiene la facultad de analizar una obra, de hacer sobre su totalidad ó sobre alguna de sus partes un juicio que la opinion pública reprueba ó ratifica despues; pero á nadie es permitido torturar los hechos para deducir de ellos á cargo del autor elogios ó aserciones que empañen su imparcialidad. No soy ni el defensor oficioso ú oficial de los Jesuitas; y carezco de motivo alguno para ser su enemigo; y por lo tanto, M. Lenormant se engaña clasificándome á su gusto y casi á la vez en estas dos categorías. Pero me dice, hablando de la *Historia de los Jesuitas* y de los materiales que éstos pusieron á mi disposicion: "apenas puede comprenderse cómo el autor no se ha apercibido de que se encontraba ligado por estas mismas confidencias, y que exponia gravemente á los que se las habían hecho."

Confieso humildemente no haber comprendido jamas la intimidad que se quiere probar tanto respecto de los Jesuitas como de mí. Aquellos no son en manera alguna responsables ni de mis obras ni de mis actos, y por consecuencia yo debo encontrarme en la misma posicion respecto de ellos. Los Jesuitas no tienen por qué darme cuenta de su modo de vivir ni de sus escritos: igual independencia debe serme atribuida; pues en el caso contrario, seria una verdadera esclavitud la que á todos nos hubiera traído esta historia. Despues de estas confesiones, ¿creerá por ventura M. Lenormant que yo seria capaz de aniquilar mi independencia, porque conviniese á algunos Gioberti franceses ó á ciertos Moeller italianos acusarme de formar parte integrante de la Compañía de Jesus? He compuesto una obra sobre ese objeto; vuelvo á él ó paso á otro, segun la conveniencia ó plan de mis estudios; pero no es posible que

ninguna persona sensata haga responsable de este nuevo trabajo, sea el que quiera, á los que fueron objeto del primero. De otro modo era preciso que los vandeanos y los realistas del Oeste, cuyos combates he referido, fuesen declarados parte de la Historia de los Jesuitas. El mismo M. Lenormant no se atreveria á llevar tan lejos la expresion de su pensamiento, y por lo tanto mi reflexion seria lógica en el caso excepcional en que se coloca.

Pero no es esta la dificultad que atormenta al redactor del *Correspondant*. Tengo dicho en el Clemente XIV que el general de los Jesuitas me habia rogado diferentes veces que guardase en mi carpeta la obra de Clemente XIV sin darla publicidad; y M. Lenormant teme que los enemigos del instituto vean en esta negativa de consentimiento, una ficcion que la profunda y astuta habilidad de los padres tenderia á hacer pasar por probable. M. Lenormant indica el perjuicio que se seguiria de esto á la Compañía, pero sin estar quizá aun seguro sobre el otro punto. Si se le apurase un poco, nada habria que extrañar, al oírle declarar que sentiria mas ver á los buenos padres acusados de haber sido mis cómplices en la perpetracion del crimen, que absueltos de esa falta.

Es sumamente cómodo arrojar de ese modo en el vasto campo de las hipótesis, y organizar una serie de reflexiones al través de gratuitas suposiciones. Cuando se ignoran los hechos y se tienen deseos ó necesidad de modificarlos segun las miras particulares de cada uno, se toman como indubitables todas las relaciones ó dichos que inventa la mala fe y que propala la necedad. Con el fin de defender á los Jesuitas de acusaciones aun no formuladas, M. Lenormant provoca la sospecha, la entretiene y la da mas cuerpo con su pluma. Si el abate Gioberti no ha logrado convencer á nadie, el escritor frances, al reproducir y comentar las alegaciones del italiano, se esfuerza en darles cuerpo, y aspira á presentarlas con un colorido mas verosímil y plausible. Segun él, yo he hecho la *Historia de la Compañía de Jesus* con consentimiento y participacion de los gefes de la Orden; de lo que deduce que mi Clemente XIV es producto de una maquiavélica combinacion entre los padres y mi persona. M. Lenormant no acepta desde luego estas consecuencias un poco forzadas, y en su candor aun teme que las propague. Mientras tanto, él las siembra. Se escandaliza de un escándalo hipotético, y le da curso al mismo tiempo. El P. general es á sus ojos un venerable personaje; pero segun el papel que M. Lenormant le atribuye es esta comedia, es preciso que dicho general se haya prestado á cuanto yo haya querido y exigido de él. En este caso mis relatos son verdaderos, el libro no tiene necesidad de pruebas, y los católicos sinceros tienen derecho á pedir cuenta á M. Lenormant de sus gratuitas suposicio-

nes; ó cambiando el sistema, el P. general ya no será tan venerable como lo es á los ojos del *Correspondant*.

Se explica muy bien que mi obra ha echado por tierra mas de un cálculo, y que ha puesto en relieve algunas solapadas intrigas. ¿Es á los Jesuitas ó al autor á quien debe atribuirse esto? El autor afirma que aquellos se han opuesto á su publicacion con tanta ó mas instancia que se opusieron á que saliese tambien á la luz pública el sexto volumen de la *Historia de la Compañía*. El autor, sin ser devoto de la manera que lo son M. Lenormant y el abate Gioberti, tiene, sin embargo, derecho á ser creído bajo su palabra, porque él jamas se ha puesto en emboscada detras de una mentira confusa y enredada para atacar sobre seguro á la verdad.

El artículo de M. Lenormant redactado en forma de requisitoria, le acusa de una mala intencion, que miro siempre con indiferencia; pero hay en él tendencias que no son totalmente cristianas. El oculta pensamientos ulteriores, que están en poca armonía con el espíritu del *Correspondant*; pero no es esto lo que me llama la atencion. El redactor ha querido confundirme, presentando contra mí la causa de los Jesuitas, y manifestando que me he encargado de vengarles de una manera tan pérfidamente hostil. Con toda sinceridad he explicado mi posicion. Esta es clara y leal; y desearé que M. Lenormant y M. Moeller, por su propio honor, puedan con igual conviccion tener el mismo lenguaje.

Fiel al programa que la *Revue catholique de Louvain* le habia trazado, el aristarco frances ha repartido en veintiocho largas páginas de análisis, ó mejor dicho, de recriminaciones, los mismos tres puntos de ataque indicados por M. Moeller. Estos se reducen á que yo he sido en mi obra presuntuoso y apasionado; y que en vez de no dejar la menor duda é incertidumbre sobre la culpabilidad de Ganganelli y sobre los escándalos que mancharon á Roma en 1769, no he hecho mas que probar una cosa, y es, que los Jesuitas han sido justamente condenados á muerte ó poco menos.

A fin de llegar á semejante resultado, eran precisos á este crítico en partida doble recursos inagotables de imaginacion, muchísimo arte para transformar los hechos y los documentos, y mucho mas aun para hacerles que expresen lo contrario de lo que sus palabras dicen. El profesor belga se dió por vencido, y el profesor frances ha recommenzado el trabajo de aquel por bajo de cuerda. Si ha estado éste mas desgraciado en sus habilidades, tambien hemos de convenir, que al menos ha mostrado mas pedantería que el otro. M. Lenormant se dió á sí propio la mision de hacerme expiar el éxito de la obra, haciendo de esto una necesidad por el encarnizamiento lleno de benigna cólera que llama en su socorro.

Ya procede unas veces por medio de una dulce insinuacion, ya aguza su ingenio para sacar de su pluma un poco de elocuencia indigna. No pocas veces el beato aventura una pequeña calumnia que se esfuerza por convertir en murmuracion. Afirma, duda, comenta, desnaturaliza, niega y toma á su vez aire de compuncion ó de resentimiento; mezcla los hechos y las fechas, y arroja por aquí ó por allí, con un desden que no tiene precio, imputaciones de falsedad que retracta unas cuantas líneas mas abajo; pero confiando siempre en que aquellas darán su fruto. Trata de aparecer adusto, porque es melancólico, y cruel porque se ve abandonado por el público. Como de paso, saluda con gesto amigable al conde Alexis de Saint-Priest; y en caso de necesidad, estrecharia entre sus brazos á ese escelente abate Gioberti, contra quien se apresta á combatir *pro forma*. Adula á los patriotas italianos y los amenaza con combatirles sus preocupaciones, las mismas que les aprobaria en otra publicacion que no fuese el *Correspondant*. Cuando ha terminado su requisitorio, M. Lenormant se resigna á subir á su capitolio solitario. ¿No ha vengado ya la memoria de Clemente XIV, y muerto á los Jesuitas, haciendo pedazos con su pluma al libro y á su autor?

Como jurado puesto para coger diptongos, M. Lenormant no se ha contentado con hacer la guerra á las intenciones del escritor, y colocarse respecto á él y á la Compañía de Jesus, en clase de juez interrogador. Afecta de vez en cuando tonos inquisitoriales; y juzga y falla desde lo alto de su tribunal. Como por via de episodio, se permite jugar con la gramática y llevarnos á la escuela con una gracia que á tiro de ballesta huele á sillón de cátedra. Se le puede ver sobre todo cuanto su lente descubre la falta de una coma, ó un defecto de impresion escapado al regente ó al autor. En estos momentos M. Lenormant no cabe de alegría; la transposicion de una palabra ó un signo tipográfico le dan aliento para dos frases por lo menos. Las nota, las señala y las revuelve, entreteniéndose con las letras y signos cual un niño con su juguete. En seguida el *sic* magistral aparece entre dos comillas como el *deus ex machina*. El *Correspondant* adopta el *sic, sic*; y la *Revue de Louvain* autoriza á M. Moeller para abusar de la interrogacion. Casi en todas las páginas, “y este punto?” aparece como un lazo tendido al autor ó como una dificultad que no atreviéndose el crítico á resolver, se digna someterla al público. Estas dos maneras de espresar su juicio representan perfectamente la posicion que los dos profesores han tomado en el debate. El uno, que no es hostil sino por repeticion, afirma como verdadero neófito; mientras que el otro, que disimula mas, se cubre con un punto interrogativo, á fin de poner en duda, con sola una pluma, el texto y los documentos.

Pero en tanto que M. Lenormant se va á caza de errores tipográ-

ficos, lanzando contra ellos su terrible *sic* de guerra, él los deja escapar por su propia cuenta en el mismo artículo. Denuncia con su *sic* los solos móviles del gobierno, á fin de revelar á sus lectores que el adjetivo móvil es masculino; mientras que él escribe á renglon seguido, *sous les yeux de la nouvelle censure* (en vista de la nueva censura) *novelle* con dos *vu* que le acusan, y el maestro no se apura al mostrarnos tales *pruebas* de ortografía. Aun hay mas; á cada página se le podria probar su pedantería. Lo que ofrecería mas dificultad sería encontrar en otra parte que no fuese en los escritos de *M. Lenormant*, frases tan cargadas de construccion viciosa como la que vamos á citar, escogida entre mil que pudieran referirse.

“Mr. Crétineau-Joly habia seguido en su primera obra la opinion mas grave y la mas *sure* (segura) (*sic*), y *sur* (sobre) (*sic, sic*) el acto que cubria á Clemente XIV con una mancha indeleble, si él hubiera probado, es decir *sur* (sobre) (*sic, sic, sic*) la existencia de un arreglo simoniaco por el cual Ganganelli hubiera comprado la influencia desgraciadamente preponderante de las córtes *sur* (sobre) (*sic, sic, sic, sic*) el Sacro Colegio, mediante un compromiso de abolir la Compañía de Jesus. El se espresó de una manera que á nuestro parecer, deja adivinar la influencia de mejores consejos.”

Aun hay mas. *M. Lenormant*, tan severo en su pesquisa, y que cuenta con un rigor lo ménos matemático posible, el número de líneas que forzosamente ha tenido que copiar de la *Historia de la Compañía en Clemente XIV y los Jesuitas*, tiene sin cesar á su disposicion dos pesos y sus medidas. A sus ojos soy un gran culpable que comprometo á los Jesuitas y á las bellezas de la lengua francesa, tal como las aplica en sus felices momentos; pero no es solamente á la espresion del pensamiento á la que *M. Lenormant* se decide á hacer la guerra. Va aun mas lejos. Me he atrevido y me atreveré, salvo el parecer de otro, á decir y sentar como principio en cualquier parte, “que la justicia es la única caridad que se permite en la historia.” El redactor en jefe del *Correspondant* vitupera esta idea, y la hace objeto de mofa. Se conoce que su aborrecimiento está muy próximo á desbordarse en la página 326, cuando de repente, en la página 447 (*Revue politique*) se encuentra al mismo *M. Lenormant* copiando sin reparo alguno como suyo, el mismo pensamiento, que poco ántes habia puesto en entredicho. El profesor entregado entónces á sus propias impresiones, no se ha comprometido de antemano para censurarle todo, como su pedagogo de Lovaina, y esclama: “*La caridad!*” Esta es el gran recurso de los opresores y de los calumniadores cogidos *infraganti* de delito de atentado contra sus semejantes. ¿No se lee todos los dias, que á San Gregorio Nacianceno y á San Cirilo les ha faltado la caridad para con Juliano Apóstata?...”

Por esta sencilla comparacion puede juzgarse la equidad del retirado profesor de la Sorbona. Su proceder es siempre el mismo, y se adivina muy bien lo imposible que nos será seguirle mucho tiempo al traves de los yerros gramaticales y las clásicas y singulares deducciones que *M. Lenormant* tiene la crueldad de ofrecer á sus lectores. Bastará un solo ejemplo para daguerreotipar á este corrector de faltas de lengua y ortografía; pero dejándole en esto á su mala suerte, sigamos al doctrinario en los atrincheramientos de su malicia inquisitorial. Para el autor de *Clemente XIV y los Jesuitas* será esta una ocasion natural de defender su libro y el pensamiento que le ha inspirado.

Se puede ser un aristarco impaciente, envidioso del buen éxito de los demas, y un genio hipócrita, que oculte bajo un exterior piadoso las aspiraciones de una concentrada cólera; pero estas concesiones que no temo hacer á ataques tan poco leales, deben tener, como todas las cosas, un término. *M. Lenormant*, con la elegancia de estilo y esa variedad de conceptos que caracteriza el talento del crítico de la Sorbona, cansado por fin tiene derecho á confesar: “Muchos lectores hallarán (*sic*) sin duda advertencias multiplicadas y minuciosas; pero habiendo encontrado (*sic, sic*) la opinion católica muy preocupada con la obra de *M. Crétineau-Joly*, no podemos hacer de ella un juicio severo sin dar la prueba de que la hemos estudiado detenidamente. Se ha dicho y se repetirá aun que *M. Crétineau-Joly* ha hecho con ella un verdadero servicio á la historia y á la religion.”

Aquí está el golpe mas sensible para *M. Lenormant*. Este Raquel del *Correspondant*, no puede consolarse de una obra de la que no ha sido él el autor.

Que en los cenáculos donde el celo de los neófitos epilépticos se sacrifica á una inmoralidad anónima y á un martirio de un violento orgullo, se ordenen sin gran trastorno las mas malas pasiones literarias, que se las cubra de un barniz de entusiasmo casi ortodoxo, para hacer aceptar como gigantes los mas diminutos pigmeos; en nuestro siglo de charlatanismo, esto no sorprenderá á ninguno. Pero lo que es de gravedad para todo el mundo y lo que contrista el corazon de los hombres de bien, sea cualquiera el partido político ó culto á que pertenezcan, es el abdicar la púrpura de crítico para revestirse con la casaca de denunciador. *M. Lenormant* es hombre de teorías; tiene sistemas que él sueña aplicar y que el mundo rehusa conocer. Quiere, ayudado de sus dos ó tres catecúmenos, bajo la apariencia de una emancipacion religiosa, renovar la faz de la tierra, y á cada paso, con su mismo tono magistral, nos inicia en el triste éxito que corona sus esfuerzos. “Nos ha parecido, dice, recordar los deberes que impone la conciencia cristiana; y por imperfecta que sea nuestra manifestacion, y por mal recibida que haya sido, de-

bemos haber contribuido al ménos por el privilegio inherente á cuanto se hace en Francia, á desarrollar el movimiento en otros países.

Gracias á las decepciones de su propaganda clandestina, comprendemos perfectamente que M. Lenormant se atribuye este postter consuelo, y que se improvise de O'Connell exótico, y de profeta del movimiento intelectual que no obra en su país. Por mal recibido que hayais sido, no es este un motivo, M. Lenormant, para que de grado ó de fuerza me filies en la categoría de los sospechosos. Asegurais que no sois afortunado en vuestras concepciones; y yo sostengo que no lo sois mas en vuestras críticas. Esto no es razon para que os convirtais en agente de policia secreta y para que me pongais en un grave compromiso con los patriotas italianos despues de haberme suscitado una mala querrela histórica.

Con mas ó ménos parcialidad ó justicia, se puede hacer la crítica de una obra; sin embargo, y esto lo saben bien los escritores de la calle de *Saints-Péres*, un hombre honrado no ampara nunca con la égida de su pluma imputaciones del género de la que vamos á denunciar. "M. Crétineau-Joly, decís, se ha presentado en primera línea. La sociedad le habia tratado con favor y con confianza; él creyó que podia disponer de ella y de su historia como de cosa propia, y en el interes de no sé qué combinaciones políticas, ha hecho el mayor esfuerzo para poner definitivamente á los Jesuitas de parte de los gobiernos absolutos y consumir así el divorcio entre esta Sociedad y los patriotas italianos."

M. Lenormant no podrá dudar que esta frase contiene una mala accion caracterizada; y que hay al ménos en ella la imprudencia de hacerse el inventor de una fábula ridícula; pero que hábilmente explotada, puede llegar á ser un arma en manos de los enemigos de la Compañia de Jesus. Escritor aislado, como yo lo soy, extraño á las cábalas políticas, y no frecuentando jamas los vaticanos de esos falsos devotos, ni los conventículos de los novicios del martirio electoral, me encuentro de repente transformado en corredor diplomático. Dispongo de los Jesuitas, de su pasado, presente y porvenir como de cosa propia. A pesar de ellos, encuentro bastante fuerza en mi pluma para colocarlos en una senda contraria á sus intereses y á sus principios. Estos hombres, cuya astucia es tan profunda, y quienes, segun la opinion de sus enemigos de todas sectas y cofradias universitarias, se valen tan admirablemente de los demas, hélos ahora dominados por mí y caminando á mi antojo cual colegiales acompañados de su director. Preparo combinaciones políticas; M. Lenormant no las conoce; y esta es la razon para proclamar su existencia y denunciarlas. Yo pongo á los buenos padres en los brazos de los gobiernos absolutos; consumo el divorcio entre los Jesuitas y los patriotas italianos, y todos estos males han nacido de haber hecho un libro.

Si no tuviese alguna mas modestia que caritativas intenciones tiene M. Lenormant, esta hipérbole seria un verdadero triunfo para mi vanidad. Por desgracia no es sino un nuevo desengaño para la de M. Lenormant. El ha querido investigar las causas que me habian determinado á hacer imprimir el *Clemente XIV y los Jesuitas*; y en lugar de no ver en esto mas que un simple efecto de mi voluntad de autor, ha creado toda una legion de fantasmas para tener el placer de introducir en el debate alusiones llenas de malignidad. Y no es preciso, en efecto, engañarse aquí sobre la tendencia de esta palabra. Los gobiernos absolutos no están en juego como yo, á fin de hacer que aparezca un grave cargo de acusacion contra los Jesuitas. M. Lenormant, en su ensayo, no acrimina aun á los padres; se lamenta, sí, de verlos víctimas y adictos míos. ¡Dichosos adictos, y aun mas dichosas víctimas que me guardaré muy bien de tomar por cómplices de mis imaginarias combinaciones! Cuando llegue el día de desenmascarar sus baterias, M. Lenormant cambiará de rumbo. Entónces, á ejemplo del abate Gioberti, ya no tendra que ofrecer mas conmiseraciones hipócritas á los discípulos de San Ignacio, y los maldecirá sin exceptuar de la proscripcion á su querido y admirable *P. de Ravignan*. Se principia por la calumnia, y se acaba por la blasfemia. Este es el camino lógico de la injusticia premeditada: M. Lenormant llegará á su término. *Cum in profundum venerit, contemnit.*

El pensamiento de M. Lenormant, el de M. Moeller, su Egeria universitaria de Lovaina, se encubre con un velo al que todos los artificios del lenguaje y todos los recursos de la inteligencia, hacen lo mas transparente posible. M. Moeller revuelve y delectrea el alfabeto de la historia, y no quiere que Ganganelli sea culpable, porque seria entónces preciso proclamar la inocencia de los Jesuitas. A fin de aturdirse á sí mismo, anega, por decirlo así, sus razonamientos y apreciaciones en un mar de incorrectas sutilezas. M. Lenormant no sale del cuadro que se ha trazado; pero le llena de una manera alarmante. Se conoce que en él ya se ha aclimatado el odio y que le ha convertido en otra naturaleza distinta de la primera, miéntras que en la segunda, por el contrario, ese mismo odio crece como la marea, y es ardiente como la fe de un catecúmeno. En el exámen de los documentos citados por el escritor, los dos aristarcos se encuentran unidos de la misma manera que los gemelos Siameses. Parten del mismo principio, y, cosa extraña en semejantes lógicos, llegan á la misma consecuencia. Esta consecuencia, que el profesor de Lovaina no deja entrever sino á través de una espesa nube de circunloquios, y que el profesor de la Sorbona manifiesta á las claras sin piedad, se reasume en una sola palabra. Para aclarar mas las posiciones, esta palabra que la *Revue de Louvain* y el *Contemporáneo* sobreentienden, y que el *Cor-*